



Capítulo 223 - Una pausa dolorosa.

—¿Cuánto tiempo vas a seguir mirándome así? —preguntó Vergil, observando a Stella, que seguía tumbada sobre su cuerpo, mirándolo con una expresión indescifrable.

"Déjame en paz", murmuró sin apartar la mirada. Pero no había irritación en su voz, solo una extraña serenidad. Como si él fuera un paisaje fascinante, algo que le llenaba los ojos y el alma de paz.

Vergil dejó escapar una risa baja y deslizó sus dedos por el suave cabello de la Reina Demonio de Caramelo.

"Fufufu, creo que iré a comprar algunas golosinas más tarde."

Antes de que Stella pudiera responder, la puerta del dormitorio se abrió lentamente. Una figura femenina con uniforme de sirvienta estaba en el umbral. Aunque no necesitaba verle el rostro con claridad, Vergil la reconoció al instante por el tono dorado de su cabello.

"Hola, Novah", saludó con una sonrisa despreocupada.

La criada, sin embargo, parecía lejos de compartir la misma ligereza. Su mirada se posó en Stella con una expresión que Vergil no pasó desapercibida. ¿Celosa? ¿Molesta? Quizá ni ella misma lo supiera.

"Maestra... tiene dos invitados esperando en la sala de estar del mundo humano", le informó Novah, con una ligera reverencia. "Desean hablar con usted ahora, si es posible".





Vergil parpadeó. Algo sonaba... extraño.

"¿Amo?" Arqueó una ceja y la miró con una sonrisa traviesa. "No recuerdo haber sido tu amo."

La reacción de Novah fue inmediata. Sus ojos se abrieron ligeramente y un sutil rubor tiñó sus mejillas.

—¿Eh...?! Parecía realmente sorprendida, como si recién ahora se diera cuenta de lo que acababa de decir.

¿Qué demonios fue eso? —gritó Novah para sus adentros—. ¡¿Te... te llamé amo?! ¿Fue automático?

Vergil simplemente la miró fijamente, su expresión era juguetona pero al mismo tiempo cargada de un aura dominante que hizo que Novah sintiera algo que aún no podía definir.

Antes de que ella pudiera formular una excusa, él simplemente desapareció de donde estaba y apareció justo frente a ella.

Novah sintió que el corazón le daba un vuelco cuando Vergil levantó la mano... y le acarició la cabeza suavemente. Sus dedos se deslizaron entre sus mechones dorados, jugando con ellos casi con naturalidad, pero... todo su cuerpo reaccionó.

"Gracias por avisarme", murmuró con una suave sonrisa, pasando junto a ella sin esperar respuesta.





Novah permaneció quieta, sintiendo el calor de su tacto en su cabello.

Su corazón latía con fuerza.

Ridículamente fuerte.

Y por alguna razón, no podía encontrar ningún motivo para enojarse por ello.

Fue como si...fuera natural.

Bueno, Vergil simplemente lo siguió...

El espacio a su alrededor se distorsionó por un instante, y en un abrir y cerrar de ojos, Vergil ya estaba en otro lugar. El aire del mundo demoníaco dio paso al entorno familiar de la mansión de Scarlet en el mundo humano.



Sus ojos se adaptaron rápidamente al nuevo paisaje y no necesitó más que unos segundos para darse cuenta de que no estaba solo.

En la sala principal, frente a él, había dos figuras que no había visto durante algún tiempo y que, francamente, esperaba que tardaran más tiempo en aparecer nuevamente.

Zex e Iridia.

Pero algo estaba mal.



La ligera provocación que solía acompañar sus palabras se desvaneció antes de siquiera pronunciarlas. Vergil entrecerró los ojos, analizándolos con atención.

Zex estaba de pie, pero su postura, normalmente imponente, parecía frágil. Su rostro estaba parcialmente cubierto por las sombras de su corto flequillo, pero lo que veía le bastaba para comprender su situación. Todo su cuerpo estaba empapado y sucio, con el olor a sudor y sangre impregnando su piel. Cortes profundos y moretones oscuros le marcaban los brazos, como si hubiera librado una batalla infernal.

Iridia no estaba en mejor estado. Su cabello naranja, antes vibrante, ahora estaba pesado, empapado y oscurecido por la suciedad y la sangre seca. Mechones goteaban silenciosamente al suelo, dejando marcas oscuras en las costosas alfombras de la mansión. Su piel, siempre radiante, lucía demasiado pálida, casi fantasmal. El maquillaje alrededor de sus ojos se había derretido y se le había corrido por el rostro, formando rastros negros que parecían lágrimas.



Vergil abrió la boca para hacer algún comentario sarcástico, pero las palabras no le salieron.

Conocía muy bien a estas dos. Eran mujeres que jamás se dejarían ver en ese estado, a menos que las hubieran llevado al límite.

Estaban rotos.

El aire en la habitación parecía volverse más pesado.

Vergil exhaló lentamente, cruzando los brazos, sus ojos agudos analizando cada detalle antes de hablar, su voz adquiriendo un tono más denso y comprensivo.

"Al parecer, fueron tras lo que no debían."

No era una pregunta. Era una afirmación.

Y por la forma en que Zex e Iridia reaccionaron (o mejor dicho, no reaccionaron), supo que tenía razón.

El silencio se apoderó de la habitación.

El único sonido era el lento goteo del agua que corría por su ropa empapada, goteando rítmicamente sobre el suelo de mármol, formando pequeños charcos que se extendían bajo sus pies.

Vergil dio un paso adelante, estudiando sus expresiones con atención. No hacía falta mucho para comprenderlo. Lo que hubieran visto, lo que hubieran experimentado... había sido demasiado.

Zex intentó enderezar su postura, pero su cuerpo temblaba casi imperceptiblemente.

—Fuimos a los yacimientos. —Su voz era firme, pero sin vida. Solo un intento vano de mantener la compostura—. Registramos veinte orfanatos repartidos por California... todos dirigidos por la Inquisición.

Ella bajó la mirada, observando el charco de agua mezclada con tierra y sangre que se formaba a sus pies.

Iridia tragó saliva y continuó, con la voz áspera por el cansancio y algo más profundo.





"Encontramos lo que querías que viéramos."

Zex cerró los ojos un momento, como si intentara borrar las imágenes grabadas en su mente. Pero no desaparecían.

"Fuimos... a la fuente." Su respiración era irregular.

Iridia asintió y sus dedos se hundieron en su piel.

"Pensábamos que era demasiado..." empezó Iridia, intentando mantener la compostura. "O una mentira..."

"Pero entonces..." dijo Zex

Un temblor recorrió el cuerpo de ambos.

"Hemos encontrado los sótanos." El aire en la habitación se volvió pesado, sofocante.

"Salas de tortura", dijo Zex.

"Máquinas de mejora física... pero no para fortalecer... para probar los límites."

"Pociones que se deterioran y llenan el aire con un hedor podrido".

"Y cuerpos..."





Silencio.

La mirada de Vergil se volvió fría. Pero no dijo nada. Simplemente esperó.

"Muchos cuerpos." La voz de Zex tembló.

"Niños."

Una pausa dolorosa.

"De cinco a trece años... con síntomas de..."

Iridia se cubrió la boca, con los hombros temblando. Los detalles quedaron grabados en su mente como fuego ardiente.



Iridia apretó los puños, clavándose las uñas en su pálida piel mientras intentaba contener los temblores que la recorrían. Pero fue inútil. La escena se repetía una y otra vez en su cabeza, y los gritos silenciosos de las víctimas resonaban en los rincones más oscuros de su mente.

"Violada." La palabra salió en un susurro, como si tuviera miedo de decirla en voz alta.

—Mutilado —continuó Zex con la voz entrecortada.

"Destruído."



Virgilio permaneció inmóvil.

Pero algo en el aire cambió.

La temperatura bajó. Un frío denso y sofocante se extendió por la habitación, e incluso las llamas de la chimenea parpadearon como si temieran algo.

"Vidas... arrebatadas... sin razón."

Iridia se mordió el labio inferior hasta que sintió sabor a sangre.

"Tantos cuerpos..."

"Tanta sangre..."

Los ojos de Zex estaban vidriosos, perdidos en algo que nadie más podía ver.

"Jugaban con esos niños." Su voz se volvió baja, un susurro envenenado por el odio. "Los usaban como juguetes... Y cuando ya no les servían..."

Ella no terminó la frase.

Ella no necesitaba hacerlo

El silencio que siguió fue abrumador.

Virgilio cerró los ojos por un momento.





Él respiró profundamente.

Y cuando los abrió de nuevo, sus ojos estaban vacíos.

Vacío como el abismo. Vacío como la muerte.

No sintió ningún enojo.

No sentía ningún odio.

Él simplemente lo entendió.

La gente solía pensar que la ira venía con gritos y explosiones, con destrucción y caos inmediato. Pero se equivocaban.



La verdadera rabia era silenciosa. Era fría.

Fue la calma antes de la tormenta.

Vergil no respondió de inmediato. Se quedó allí parado, absorbiendo cada palabra.

Su cuerpo se relajó. Sus ojos fríos. Su sonrisa... formándose lentamente.

"Entonces... ¿ya corrieron?"



Él se rió.

Bajo.

Oscuro.

Y en ese instante, Zex e Iridia sintieron algo que no habían sentido ni siquiera en los sótanos de esos orfanatos.

Virgilio no sólo estaba enojado.

Él estaba... derrumbándose.

Su risa era como un eco de la muerte misma, invadiendo la habitación y oprimiendo los pulmones de las dos mujeres con una fuerza invisible. El aire se volvió pesado, sofocante, como si les arrebataran cada aliento a la fuerza.



Zex intentó mantener la compostura, intentó ignorar el sudor frío que le corría por la nuca. Pero le temblaban las rodillas. Su cuerpo no la obedecía.

Iridia no estaba en mejor situación. Su corazón latía con tanta fuerza que lo sentía latir con fuerza en su cráneo. Abrió la boca para hablar, pero no emitió ningún sonido. Era como si tuviera la garganta atascada.

Vergil no sabía exactamente qué les había dado Morgana.

Ni siquiera sabía los lugares exactos que habían visitado.

Pero tenía un código.

Uno que nunca se había roto.

Una que nunca había sido dicha en voz alta.

Nunca... bajo ninguna circunstancia... involucres a los niños en tus malvados negocios.

Era un principio que había aprendido, un límite que jamás cruzaría. Y ahora, ese límite no solo había sido cruzado, sino pisoteado.

Los responsables no eran sólo monstruos.

Eran el peor tipo de monstruos.

No simples humanos cometiendo atrocidades, sino hombres que se consideraban santos. Criaturas que se atrevían a decir que servían a Dios, cuando en realidad no eran más que inmundos parásitos escondidos tras dogmas.

El poder de Virgilio creció.

Toda la habitación empezó a temblar.

El mármol bajo sus pies crujió con siniestros crujidos, las ventanas vibraron como si fueran a romperse en cualquier momento. La chimenea, que antes iluminaba la habitación con un resplandor cálido y reconfortante, ahora ardía con un siniestro tono de azul espectral.





No se trató de una simple demostración de poder.

Era puro odio.

El suelo desapareció bajo los pies de Zex e Iridia.

Por un breve instante, ambos sintieron como si una fuerza invisible los aplastara. El peso del universo mismo parecía haberse plegado sobre ellos. El aire se volvió tan frío que cada respiración les quemaba los pulmones.

Y entonces el miedo llegó a su límite.

Zex intentó dar un paso atrás, pero sus piernas cedieron.

Iridia sintió un escalofrío que le recorrió la espalda. Su cuerpo estaba paralizado, sus manos temblaban incontrolablemente. El pánico era tan intenso, tan absoluto, que ni siquiera notó cuando un calor húmedo se extendió entre sus piernas.



El sonido era casi imperceptible. Un ligero goteo sobre el suelo de mármol.

Las gotas cayeron sobre el mármol, mezclándose con el agua y el sudor que ya goteaba de sus cuerpos. Sus cuerpos reaccionaron antes de que sus mentes pudieran siquiera procesarlo.

Pero para ellos...

Fue ensordecedor.



Una humedad caliente corría por sus piernas, empapando sus ropas ya empapadas.

Los ojos de Zex se abrieron de par en par, la sorpresa y la humillación se mezclaron con el terror absoluto que recorrió cada célula de su cuerpo.

Iridia intentó moverse, pero sus piernas temblaban tanto que apenas podía mantenerse en pie.

Fue instintivo. Primario.

Sus cuerpos reconocieron lo que sus mentes se negaban a aceptar.

Delante de ellos...

No había ningún hombre.

Había un depredador.

Vergil suspiró, inclinando ligeramente la cabeza hacia un lado, como si finalmente estuviera decidiendo qué hacer.

"Interesante." Eso fue todo lo que dijo sin siquiera mirarlos... Pero en ese instante, lo supieron.

Habían... despertado a un verdadero demonio...

No tenían fuerzas para hablar, ni siquiera podían entender lo que le estaba pasando, en un solo paso... Vergil desapareció en un destello de velocidad...





JabraScan
RexScan



Traducción : Leo

Cayeron al suelo, inconscientes.

Si supieran lo que habían causado... o mejor dicho... si pudieran advertir a alguien sobre el incidente que estaba a punto de suceder...

